"yendo que moras en los desiertos de Michoacan léjos "de las calamidades que nos angustian"—Con esto supe cuanto deseaba para sacudir el pesado fardo que llevaba sobre mis hombros, así eran mís penas, y ya no pensé sino en servir á los mios combatiendo junto con ellos hasta el fin."

"Los cuatro penetramos sin demora en la gran sala donde Quauhtimoc, que apénas contaba en su edad veinticinco veces los nuevos céspedes, estaba con los de su consejo tratando de las cosas de la guerra. Con él se veian á la sazon, Coanacótzin, gran Chichimeca-téuctli de Acolhuacan, Tetlepanquetzálli, gran Señor de Tlacópan á cuya viuda é hija bien conoces, Tlacotzin, supremo magistrado, y otros grandes señores y guerreros. Instruido Quauhtimoc por los que me llevaron á su presencia, de cómo habia llegado á la gran ciudad, estrechándome entre sus brazos exclamó:

"Los dioses te bendigan, hijo de Ayauhcíhuatl la más "buena de todas las princesas de Acolhuacan; pues "cuando casi todos tus primos se han vuelto contra no-"sotros, principalmente los dos Ixtlilxóchitl, uniéndose "á Malíntzin para destruirnos, tú has atravesado por "entre ellos para venir en busca de la muerte; porque, "en verdad, sobre México llueven males, rayos y true-"nos, como jamás nuestros mayores oyeron decir. Pero "¿qué, no es poderoso nuestro Dios Huitzilopóchtli pa-"ra confundir á los impíos que han profanado sus *teoca-*

"*llis*? ¿O si su cólera pide nuestra sangre, no nos espe "ran allá en la casa de Tonatiuh (1) aquellas delicias "que hallan para siempre los valientes que le dan de co-"mer con la carne y sangre de sus enemigos?"—Este era, Padre Reverenciado, el lenguaje de unos guerreros que defendian su patria, pero que no conocian al Dios Criador ni ménos á su hijo Dios que murió por nosotros. Yo enardecido con esas palabras de tan jóven y noble caudillo,

"¡O tú, le contesté, Rey y Señor nuestro, lumbre de "nuestros ojos, más estimable que muchos ancianos re-"yes y señores; collar de esmeraldas, pluma preciosa, y "á quien el Dios Criador há dado un corazon como de "águila y tígre para combatir á tantos enemigos que "por todas partes nos estrechan y quieren devorarnos. "Mis brazos y mis piés, mis dientes y mis uñas, mi co-"razon y cuerpo todo, aquí están para defensa tuya y "de los nuestros!"

"Luego Tizoc refirió á Quauhtemotzin y á los de su consejo el resultado de la embajada en Matlalzinco, y ensalzó con grandes elogios lo que mis palabras fueron parte para decidir á aquellos guerreros á venir en nuestra defensa. Entónces el jóven rey más conmovido,

"¡Que traigan—dijo—las orejeras y los bozotes, las "ajorcas y las demás insignias que se deben á los va-

(1) El sol.

"lientes!"—y adornado con esas insignias, recibí el *izcahuepílli* (1) y el *macuáhuitl* (2) de mano del mismo Quauhtimoc, quien añadió al despedirme:

"Tu dictámen será tambien como tu valor y amor á "nuestra gente; te sentarás conmigo junto á mi excelsa "silla, entre los grandes de mi consejo."

"Yo más conmovido entónces y ansiando los combates en mi corazon, ya no pensé sino en que la hora se llegase."

"Ya en esos dias habia puesto Malíntzin todo su empeño en hacernos morir de hambre y de sed. Sus grandes barcos recorrian el lago junto con las *acállis* (1) de los aliados, para evitar que entrasen víveres á la ciudad, é igualmente nos privó del agua cortando el acueducto de las fuentes de Chapultepec. Los guerreros de Ixtlilxóchitl se le reunieron á pocos soles, y en seguida los de Xochimilco, y gran número de othomites de la serranía; de manera que el número de nuestros enemigos pasaba de más de treinta veces ocho mil combatientes. Nosotros á la vez nos apercibimos incansables á resistirlos: abrimos de nuevo los fosos, reparamos las trincheras, y distribuimos en sus puestos á los flechado-

(1) Escudo.
(2) Macana.
(1) Los bergantines.

res, á los que llevan picas, á los honderos y á los que manejan el *macuáhuitl*."

"Entretanto, era de consternar el aspecto de los demas moradores de la ciudad sitiada. Así como en los momentos que preceden á la tempestad, en la estacion calurosa, al invadir el huracan los valles y los montes, las aves que se hallan en las selvas bajan al llano y las que buscan en el llano el sustento vuelven á la selva; y en esa hora sus hijuelos sintiendo el pavoroso rumor que hace estremecer los cedros y ahuehuetes, se estrechan en su nido poseidos de miedo mortal; así las esposas, las hijas y los párvulos de los guerreros, cuando observaron que el campo de los sitiadores se levantaba, y oyeron aterrados las nuevas que una en pós de otra se sucedian, cruzándose despavoridos, corrian por las calles y atravesaban las plazas para encerrarse cada unó con los suyos dentro de su hogar, provistos del escaso alimento para los dias del estrago."

"Miéntras la ciudad se agitaba, Quauhtimoc sentado en su solio, allá en el *gran técpan*, como el águila sobre una roca cuando se desata el torbellino, oia tranquilo el parecer de los ancianos magnates y guerreros, preguntando á cada uno, entre otras cosas, cuál fuese el medio de sobreponerse á la pericia de los blancos y á la ventaja que sobre nosotros tenian por sus armas y sus fieras de combate. Muchos fueron los consejos y,

llegada mi vez, yo expuse lo que siempre me pareció que nos hubiera salvado:

"Grande Señor,—contesté á Quauhtimoc—tú has re-
"querido mi parecer para que se agregue al de tus gran-
"des consejeros y generales; yo no puedo excusarlo."

"Por mucho que los hombres blancos sean formida-
"bles, y sus armas mortíferas, y sus fieras de combate
"aliado poderoso, ya hemos visto que esos hombres
"pueden ser vencidos y que sus armas no siempre acier-
"tan el golpe, y que sus fieras podemos tambien herirlas
"y darles muerte. Pero, es que esos pocos guerreros
"nos abruman con la nube de tantos Tlaxcaltecas y
"Othomites y de tantas otras naciones."

"Y ¿quién ha sabido suscitar contra nosotros tales
"enemigos, si no es Malintzin con su astucia y grande
"corazon? Cuando Moteuczoma, el flechador del cielo,
"y el gran rey de Acolhuacan combatian al tirano
"Maxtla, cerca de Azcapotzalco, si los Tepanecas en
"vez de quitar la vida á muchos y muchos de los sim-
"ples guerreros aztecas y acólhuis, hubiesen buscado el
"dar otros tantos de los suyos por la sola muerte de
"Moteuczoma ó del gran rey, la multitud de los nues-
"tros habria huido, faltando los que eran como sus dio-
"ses que á todo proveían. Yo así pienso que es de
"Malintzin y su gente. Pórque una vez visto que esa
"águila de los blancos ha sabido vencer con tan pocos
"á los propios de su nacion, enemigos suyos, más de

"tres veces superiores en número y en armas, y cómo
"supo el medio de hacer amigos de sus enemigos, no
"creamos ya que los de Castilla nos vencen por sus ar-
"mas sino por la grande astucia y el consejo elevado de
"su gefe. Démos la mitad de los nuestros por herir á
"Malíntzin; no nos detengamos en conducirlo aprisio-
"nado á las aras de Huitzilopóchtli: quien pudiere, má-
"telo luego; porque si los suyos lo vieran arrastrar al
"sacrificio, difícil nos sería contener su desesperada de-
"fensa."

"Apénas creerás, Reverenciado Padre, que fuese ne
cesario hablar así á los obcecados servidores de la dei-
dad sanguinaria, y ya verás cómo todavía no fué bas-
tante mi consejo para disuadir á los mios de su nécia
supersticion. Fué en vano que Quauhtimoc alzando
su voz en la asamblea, cuando cerré mis lábios, dijese á
todos los señores y guerreros:

"Nezáhual es como nuestro tio y como nuestro padre,
"pórque sus consejos penetrantes como dardos agudos,
"son todos para nuestra salud; pórque las miradas de
"su espíritu son como las del águila que no se deslum-
"bra con los rayos de Tonatiuh. ¡Herida fué la cierva,
"y huyeron los cervatillos; muerta fué la leona, y se
"dispersaron sus cachorros, convertida en espanto su
"arrogancia! ¡Levantóse en otro tiempo, como un in-
"cendio, el clamor del combate entre los Tlatelolques

"y Mexicanos, cuando Moquíhuix se alzó contra nues-
"tro padre Axayacatl: muchos de los nuestros fueron
"sacrificados en el templo de Tlíllan, y hasta las muje-
"res de Tlatelolco vinieron á insultarnos, penetrando
"en nuestro campo; pero Moquíhuix fué herido de muer-
"te, y ofrecido su corazon en el mismo sitio del comba-
"te, y el incendio apagóse, y los Tlatelolques sumisos
"hasta hoy y nuestros mejores amigos!"

"Así se deliberaba en el real *técpan* durante el dia y gran parte de la noche, sobre la manera de salvarnos, miéntras por toda la ciudad cundia ese rumor confuso que parece el huracan de la muerte, ó ya reinaba el pavoroso silencio, más terrible todavía, que precede á los grandes combates. Nosotros, empero, ansiábamos, así como los enemigos, que esa hora llegase breve. Bien es cierto que cada dia el enemigo nos combatia por las entradas de la ciudad y por las orillas del lago que la circunda; pero hasta ese de que te háblo, despues de muchos, no se habia empeñado en caer sobre nosotros con todos sus guerreros á la vez, ni con tan espantosa resolucion."

"Apénas el dia con su primera luz alumbró á Tenochtitlan, que parecia muda, porque ni una voz turbaba el silencio en esa hora, se dejaron ver á lo léjos penetrando por todas las calles los enemigos en tumultuoso movimiento, semejante al de un mar que amenazante y en

silencio invade la playa. Los aliados y Castellanos, por tres diversas avenidas, avanzaban en derechura á apoderarse del gran mercado de Tlaltelolco. Malintzin (1) se presentó con sus huestes, como ántes lo habia hecho, por la entrada de Iztapalápan, Tonátiuh (2) por la de Tlacópan, y Sandoval por la de Tepeyácac. Todas las casas, *técpan y teocállis*, por donde nuestros enemigos debian pasar, estaban coronados de flecheros y honderos. Más de cuarenta veces ocho miles de los fieles de Tenochtitlan, estaban distribuidos en los edificios, en las encrucijadas, en los parapetos y á la entrada de los canales. Quauhtemótzin mandaba en persona el ejército de Tlatelolco, Tzilacátzin el que debia avanzar al encuentro de los sitiadores, y los reyes de Acolhuacan y Tlacópan el resto de las tropas que debian acudir á donde quiera el peligro las llamara. Yo fuí constituido el águila que guiase la nobleza de Tenochtitlan y Texcoco, que tambien en clase de reserva no tenia otro encargo sino el de buscar á Malintzin y darle muerte. Debiamos á ese fin, auxiliados de un gran número de macehuales, renovar los fosos una vez que el enemigo los hubiese pasado, para cortar su marcha en la fuga, pues ya sabiamos por experiencia cuán ventajosa nos era esa táctica."

---

(1) Cortés.
(2) Alvarado.

"Amaneció, pues, el dia, y el eco aterrador de Painálton (1) que los *teopixqui* (2) hacian sonar con sus trompetas desde la cumbre de los *teocallis*, nos anunció el avance de los invasores. Entónces nuestros bravos alzaron el grito, la vocería se levantó á los cielos y todos nos apercibimos al combate: unos se adelantaban animosos despreciando la muerte, y otros se replegaban á los muros de las casas para evitar el estrago mortífero de las *bocas de fuego*. Mas así como en una alegre y poblada sementera de maíz, cuando ya las plantas ornadas de yedras y judías llegan á la altura de un hombre, si una ráfaga de aires invade la hermosa labor, se ven en desórden agitarse las débiles cañas: unas se abaten doblando su amarillo penacho, y otras se repliegan hacinadas abriendo paso al viento poderoso; así parecia, cuando ya la multitud de nuestra gente se agitaba resistiendo á la muchedumbre enemiga, que se precipitó sobre nosotros dando alaridos y lanzando su fuego mortífero. Al estallido de sus armas seguia el deztrozo de nuestras columnas á lo largo de las tres grandes calles de la Ciudad, y los gritos y ayes y la rabia de aztecas y acólhuis. Zumbaban las saetas como una bandada innumerable de *huitzitzílin*; tronaban las armas de Castilla como los rayos de una tormenta en medio de los

(1) Dios de la guerra.
(2) Sacerdotes.

bosques, y las piedras cerníanse causando muertes como lluvia desoladora."

"Mas el mugido de las fieras de combate nos hizo descubrir á los gefes guerreros blancos, poniendo en órden y alentando para la pelea á los numerosos aliados, que sedientos de sangre avanzaban al frente. Los primeros que se presentaron, por las calles de Iztapalápan, eran los de Malíntzin; venian á paso firme sin perder tiempo, mal cegando los anchos fosos que dejaban á sus espaldas. Al toque de la corneta de *Painálton* que anunciaba el supremo peligro, el estruendo, la confusion y vocería se hizo general, y no parecia sino que el gran lago, vencidos sus diques, venía con sus ondas derribando y anegándolo todo. Mas los jóvenes de Texcoco y una gran parte de los guerreros de Coanacótzin, estábamos impacientes por avanzar á donde Quauhtimoc lo habia dispuesto. Entónces Tizoc y Cohuátzin,

"Volemos—gritaron—á esperar á Malíntzin."—Y desfilando por las calles paralelas llegamos en breve á una encrucijada, cerca de la gran plaza, en donde los enemigos casi dejaron sin cegar un ancho foso. Allí haciendo alto dije á mis valientes:

"¡Hermanos y fieles amigos de Tenoctitlan, es llegada la hora de salvar á la patria de nuestros enemigos: aquí esperemos á Malíntzin; á él únicamente dirijamos el golpe; su muerte será la ruina de nuestros contra-

"rios: si llegamos á haberle á la mano, matémosle sin "perder tiempo!"

"Esto dicho, nos pusimos en obra, y en pocos momentos ahondamos el no bien cegado foso, y con maderos y ramas de árboles formamos un fingido terraplén para empeñar á nuestros contrarios á pisar allí sin desconfianza. De nuestra gente, una parte subió á los vecinos terrados á la voz de Axoquétzin, y los demás, puestos en órden y ocultos en la una y otra calle que se cruzaban con aquella por donde volverian los enemigos, esperábamos el momento de dar el golpe."

"Poco duramos en espera. La muchedumbre enemiga, que á manera de un mar penetró hasta la gran plaza de Huitzilopóchtli, rechazada por los guerreros de Coanacótzin, huyendo volvia ya con precipitacion, entre nubes de humo, dardos y piedras: allí venian muchos de los blancos que acompañaban á Malíntzin, y con ellos multitud de gefes tlaxcaltecas y xochimilqueses, y gran número de amigos y deudos mios hijos de los reyes y nobles de Acolhuacan. Pavorosa era la confusion y el estrago de aquellas olas enbravecidas. Acólhuis y tlaxcaltecas luchando cuerpo á cuerpo y como si quisiesen devorarse; las *fieras de la guerra* con bárbaro mugido llevadas aqui y allí por su dueño, sobre montones de hombres derribados á su paso; el trueno y el relámpago de las extranjeras armas seguido siempre de la muerte; los gemidos de los moribundos, el siniestro silvido de las

saetas y el zumbar de las piedras que caian como lluvia: todo esto se encaminó rápidamente hácia el gran foso donde esperábamos al enemigo. Semejante á una cuadrilla de tigres hambrientos, en las regiones ardorosas, que se disputan el ciervo en pós del que corrian, la lucha de las fieras sanguinarias hace estremecer aquellas breñas: las béstias iracundas se paran un instante; sus ojos centellean, sus orejas erigidas miran aquí y allí, gruñen mostrando los enrojecidos dientes, y vibrando la cola parecen ya ir á devorarse unas á otras; y el cazador, oculto entre las peñas, tiembla cuando las vé lanzarse y rodar por los precipicios tirando cada una de la víctima descuartizada; así aquella masa de hombres vino luchando sin detenerse hasta el gran foso que guardábamos los defensores de Tenochtitlan. Pero, ¡cuál fué el terror y desesperacion del enemigo, cuando al pisar inadvertido el engañoso suelo, se hundió en gran parte la revuelta multitud! Lastimoso era ver cómo caian unos en pós de otros empujados por el torrente de los que huian y de los nuestros que iban sobre ellos. Allí las piedras y el golpe fatal del *macuáhuitl* sembraron el estrago, y los dardos y las picas acababan de quitar la vida al que apénas habia escapado de las aguas. Las piraguas llenaron los canales, y bien así como en mejores dias veíanse trasbordar jóvenes bulliciosos y hermosas cortesanas para ir en busca de la quietud campestre, soñando en los dulces amores entre flores y

perfumes, á la luz de nuestro limpio cielo; así ahora se animaba el tráfico de las aguas á la ribera; pero no eran amores ni delicias, sino sangrienta fiesta, el destino de los que llenaban los barcos."

"En medio de aquella confusion se alzó entónces una voz terrible que todos reconocimos; era la de Malíntzin. Noticioso de que los suyos perecian á manos nuestras, vino á salvar á los que hubiesen escapado."

"¡Malíntzin! ¡Malíntzin!"—gritaron á una amigos y enemigos."

"A estas voces el gefe de los blancos se vió cercado por todas partes, la fiera que montaba, acribillada de heridas cayó con él, y cuantos acudieron á salvarlo fueron despedazados ó hechos cautivos. Entónces allí mismo comenzó entre nosotros una disputa de fatales efectos para todos los pueblos de Anáhuac:

"¡Matadle!—dije á los guerreros que lo llevaban en sus brazos, y lo conducian al gran *teocalli* para el sacrificio."

—"¡No!—contestaron todos—¡debe morir en las aras "de Huitzilopóchtli!"

—"¡Nécios!—replicaba yo, echando mano del macuá-"huitl y desesperado de no poder avanzar—¡dadle lue-"go la muerte, pórque si tardais un instante lo arran-"carán de nuestras manos!"—Pero ellos en su obstinacion respondian:

—"¡Ingratos de nosotros sinó lo presentamos á nues-"tro Dios y allí esparcimos la sangre y ofrecemos el co-"razon palpitante aún!"

"Yo arremetí de nuevo por entre la multitud para hacer por mí lo que los mios néciamente retardaban; pero más de tres veces fuí rechazado: tal era la presuntuosa ceguedad de los adoradores del Dios cruel."

"En estas disputas, llegaron con Ixtlilxóchitl á su cabeza los guerreros de Texcoco y un gran número de los de Tlaxcala mandados por Temacátzin, y se empeñó una lucha sangrienta en que ya no solo Malíntzin era la causa del estrago, sino el ódio antiguo de ese y otros pueblos á todos los Tenochcas y Tlatelolques. Causaba espanto el aspecto de aquellos bárbaros armados de grandes piedras y de teas incendiarias, de flechas y *macuáhuitl*, en sus cabezas morriones y penachos imitando fauces de fieras en ademán de devorar; y á tántos caníbales azuzaban los blancos que en su resuelto arrojo no olvidaban el consejo."

"Los primeros que ví caer al golpe rudo del gefe tlaxcalteca, fueron los dos hijos del señor de Cuauhtitlan, Yolpícatl y Cohuáxtli, de hermoso porte como dos príncipes de la antigua Tóllan. Avanzaban uno en pós del otro creyendo engañados contener el torrente que se desbordaba. Mas el fuerte caudillo los derribó de un tajo de *macuáhuitl*, como en una selva el leñador experto dos mimbreras floridas que le impiden pasar. Sus